

REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 3, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2020

ISSN 0719-983X



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
SEDE PUERTO MONTT



Sobre el nombre del giro realista de la filosofía en el siglo XXI. (Auto)reseña de Castro, E. (2020). *Realismo poscontinental: Ontología y epistemología para el siglo XXI*. Segovia: Materia Oscura. ISBN: 978-84-949805-3-4

On the name of the realistic turn of philosophy in the 21st century. (Self)review of Castro, E. (2020). *Realismo poscontinental: Ontología y epistemología para el siglo XXI*. Segovia: Materia Oscura. ISBN: 978-84-949805-3-4

Ernesto Castro Córdoba
Universidad Complutense de Madrid, España

En la tesis doctoral que originó mi libro *Realismo poscontinental* (la primera escrita en castellano sobre el giro realista de la filosofía en el siglo XXI), acuñé la expresión *realismo poscontinental* para bautizar dicho giro filosófico, en vez de recurrir a las etiquetas más frecuentes de *nuevo realismo* o de *realismo especulativo*. En esta reseña aclaratoria expongo las razones que me llevaron a preferir esa fórmula sobre sus alternativas. En resumidas cuentas, “realismo poscontinental” expresa mejor la genealogía intelectual de filósofos tan distintos como Markus Gabriel y Maurizio Ferraris (los sedicentes “nuevos realistas”) o como Quentin Meillassoux, Ray Brassier, Graham Harman e Iain Hamilton Grant (fundadores involuntarios del “realismo especulativo” en 2007). Para ser más exactos, mi neologismo captura mejor la *unidad y novedad* de esos seis autores. “Nuevo realismo” alude a su novedad, pero no la define. Además, en la historia de la filosofía ya tenemos un grupo de autores que se calificaron a sí mismos de neorrealistas o novorrealistas: los abajofirmantes del manifiesto que encabezó Edwin Bissell Holt en 1910 contra el dualismo epistemológico basado en la distinción sujeto-objeto (Bolt et al., 1912). Por lo que se ve, el

Recibida: 11/9/20. Aceptado: 20/10/20



Ernesto Castro es Doctor en Filosofía, Máster en Filosofía Analítica por la Universidad de Barcelona, y ha trabajado como Profesor de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid y en la Universidad de Zaragoza.

Contacto: taunesco@gmail.com

Cómo citar: Castro Córdoba, E. (2020). Sobre el nombre del giro realista de la filosofía en el siglo XXI. (Auto)reseña de Castro, E. (2020). *Realismo poscontinental: Ontología y epistemología para el siglo XXI*. Segovia: Materia Oscura. *Revista Stultifera*, 3 (2), 219-227.

membrete “nuevo realismo” no es ni mucho menos nuevo y, como todos membrete remitidos a relaciones de novedad y antigüedad, está condenado a sufrir los estragos del tiempo. Nada envejece más rápido que lo nuevo.

En cuanto al “realismo especulativo”, solo uno de los cuatro fundadores de esa presunta escuela intelectual, Harman, sigue aceptando ese rótulo; y no porque crea que describe adecuadamente sus teorías filosóficas, sino porque desde el inicio entendió que era una marca popular de la cual se podían extraer muchos réditos mediáticos y académicos. Basta con ojear su lista de publicaciones, con más de quince libros impresos en la última década, para calibrar hasta qué tenía razón (y astucia).¹ Menos prolíficos o más cautos en su escritura, los demás padres fundadores del realismo especulativo se han ido apartado de esa locución. Meillassoux siempre se consideró a sí mismo más materialista que realista especulativo; una de las tesis principales de su filosofía de la facticidad es que la realidad que se intuye intelectualmente a través de la especulación matemática no es una realidad cualquiera, sino una material carente de vida e inteligencia.² Para Meillassoux, que haya vida e inteligencia —dos de los cuatro Mundos (con mayúscula) sobre los que se apoya su “irreligión divina”— es un milagro, un acontecimiento radicalmente inesperado. Si fuera por su filosofía práctica, sostenida sobre la esperanza en la resurrección de todos los muertos (el cuarto Mundo de la irreligión divina), no se podría considerar a Meillassoux un realista en ningún sentido de la palabra. Nada más lejos de su irreligión divina que la *Realpolitik*.

En lo que respecta a Brassier, que fue quien acuñó la expresión “realismo especulativo”, durante la última década se ha ido alejando de François Laruelle y Alain Badiou, que eran sus principales maestros cuando organizó el congreso fundacional del realismo especulativo, y se ha ido aproximando al padre de la filosofía posanalítica, Wilfrid Sellars, cuyo pensamiento, más que como realista, debe calificarse como naturalista. Este matiz no es trivial. El realismo básicamente sostiene la tesis de que existe una realidad independiente de nosotros que, a pesar de todo, puede ser conocida por nosotros. Como se puede ver, esta es una posición filosófica genérica, abstracta, lisológica, que puede significar muchas cosas dependiendo de cómo definamos términos tales como “realidad”, “existencia”, “conocimiento”, “independencia” y “nosotros”. El naturalismo, en cambio, es un tipo concreto de realismo, que por “conocimiento” entiende exclusivamente el ofrecido por las ciencias naturales; y, en el caso del naturalismo sellarsiano, por “nosotros” entiende sujetos a los que se les

presupone creencias e intenciones. He aquí la famosa distinción de Sellars entre la imagen científica y la imagen manifiesta —o “humanitaria”, podríamos decir nosotros—, que Brassier ha asumido recientemente, poniendo entre paréntesis el nihilismo y la tirria a la fenomenología de sus anteriores periodos filosóficos.³

¿Esto significa que Brassier ya no es realista? No, simplemente quiere decir que ahora suscribe un tipo de realismo más específico: el naturalismo sellarsiano; igual que Meillassoux no es un realista genérico o abstracto, sino un materialista bien particular e idiosincrático; y Grant —el más mediocre y prescindible de los fundadores del realismo especulativo— es un idealista objetivo que se dedica a mezclar las tesis de Platón con las de F. J. W. Schelling. Y es que, en puridad, tanto el naturalismo como el materialismo y el idealismo objetivo —como la fenomenología objetual en que consiste la “filosofía orientada a los objetos” de Harman— son formas del realismo. En este sentido, estoy de acuerdo con el sustantivo de “realistas” que se ha atribuido a estos autores; con lo que no estoy de acuerdo es con el adjetivo de “especulativos”, pues solo Meillassoux y Harman aceptan la especulación como procedimiento epistémico para buscar verdades, mientras que los demás o bien se oponen a ella (el último Brassier antepone las ciencias empíricas sobre las teorías especulativas) o bien no saben/no contestan (Grant, como de costumbre, ni pincha ni corta en este tema).

Si incluimos a Ferraris y a Gabriel en la ecuación —pues, a fin de cuentas, el nuevo realismo no es sino el trasplante al continente europeo, a Italia y Alemania, de la fiebre anglosajona por el realismo especulativo— nos percatamos todavía más de lo inapropiado del adjetivo. Ferraris propone una estética racional y una física ingenua frontalmente opuestas a filósofos especulativos por antonomasia (los idealistas alemanes, con quienes todos estos realistas tienen sus más y sus menos). Gabriel incluso cuestiona el tic formalista —que algunos podrían calificar de especulativo, en el sentido de apriorístico— en el cual incurren muchos de estos autores: intentar demostrar la inexistencia del mundo externo, entendido este como el conjunto de todas las cosas, apelando a la paradoja de Bertrand Russell (el conjunto de todos los conjuntos que no se contienen a sí mismos es un conjunto contradictorio y, por lo tanto, imposible) o al teorema de George Cantor (no hay un conjunto máximo, una especie de Dios de los conjuntos, por encima del cual ningún conjunto puede ser pensado, pues todo conjunto

tiene un conjunto superior a sí mismo: su conjunto potencia, el conjunto de todos sus subconjuntos).

Así pues, “realismo poscontinental” captura mucho mejor que “nuevo realismo” o que “realismo especulativo” cuál es la unidad y novedad de este giro realista que ha dado la filosofía en el siglo XXI. Mi tesis es que dicha unidad y novedad no se puede definir atemporalmente, en abstracto, *sub specie aeternitatis*, sino que debe comprenderse al trasluz de la historia de la filosofía, que en el siglo XX estuvo marcada por la división de los filósofos en analíticos y continentales. Para ser justos y exhaustivos, habríamos de puntualizar que, junto a esas dos grandes herencias intelectuales, geopolíticamente vinculadas con el mundo anglosajón (filosofía analítica) y con el continente europeo (filosofía continental), hubo una tercera corriente, una tercera tradición: la de los filósofos dialécticos, más o menos asociados a la Unión Soviética, que se derrumbó estrepitosamente en 1989. De hecho, si revisas la fecha de publicación de los manuales académicos que explican la historia de la filosofía reciente apelando a la división de los filósofos en analíticos y continentales según la respuesta que hayan dado a ciertos problemas de lenguaje (el llamado “giro lingüístico de la filosofía en el siglo XX”), verás que la mayoría de ellos se publicaron después de la caída de la URSS, con la consiguiente despolitización e inmaterialización de los debates filosóficos actuales.

Mi tesis es que esta división tripartita de la filosofía contemporánea surge de las tres partes de la *Crítica de la razón pura*. La “Estética trascendental”, preocupada por las intuiciones sensibles, con especial atención al espacio y al tiempo, es la semilla de la filosofía continental, cuyo tronco principal es la fenomenología de la percepción de raigambre husserliana. En cuanto a la “Analítica trascendental”, con su estudio de los conceptos científicos, de sus categorías, sus principios, sus esquemas lingüísticos y mentales, es el origen de los debates analíticos sobre lo lógico y lo empírico, lo *a priori* y lo *a posteriori*, las condiciones necesarias y las suficientes, etc. Por último, la “Dialéctica trascendental”, donde se demuestra el carácter contradictorio de las ideas teoréticas de alma, mundo y Dios para luego rehabilitarlas como ideales de la razón práctica, anticipa la predilección de los dialécticos por una praxis llena de contradicciones.

¿De qué hablamos, pues, cuando hablamos de “realismo poscontinental”? Hablamos, en el doble sentido del prefijo “pos-”, de un realismo que viene después de la tradición continental, que pretende superar dicha tradición, a la vez que sigue siendo deudora de ella. Aunque

muchos realistas poscontinentales se presenten a sí mismos como superadores y refutadores del posmodernismo, el canto de cisne de la filosofía continental, el caso es que la mayoría de ellos son pupilos de autores posmodernos. Ferraris —el más beligerante con la concepción heredada de la posmodernidad, que él identifica en Italia con el pensamiento débil de Gianni Vattimo— es nada más y nada menos que discípulo de Jacques Derrida, considerado por muchos como el *no va más* del posmodernismo en Francia. Gilles Deleuze, otro cuestionado posestructuralista francés, ha sido leído con entusiasmo por Meillassoux, Brassier y Grant. Y Bruno Latour, desmontado por Alan Sokal y Jean Bricmont (1997) en *Imposturas intelectuales* como paradigma del postureo, la pretenciosidad y el terrorismo terminológico típicamente posmoderno, es el padre de la ontología orientada a los objetos que más tarde han popularizado Harman y sus adláteres. Por no hablar de la influencia de otros filósofos continentales clásicos como Martin Heidegger (en Harman), Friedrich Nietzsche (en Ferraris), F. W. J. Schelling (en Grant y Gabriel) o Alain Badiou (en Brassier y Meillassoux).

A pesar de estas influencias y adherencias, estos realistas son poscontinentales porque han ido más allá de la inercia filosófica continental, movilizand o cuestiones típicamente analíticas y, en menor medida, dialécticas. El caso más obvio es el de Gabriel, que maneja con soltura la bibliografía de los analíticos y, siguiendo a su maestro Wolfram Hogrebe (1989), ha intentado traducir las teorías del idealismo alemán a la jerga de la academia anglosajona contemporánea. Pero esa *entente cordiale* se percibe también en Ferraris (quien ha elaborado su teoría de los objetos sociales en diálogo más o menos amistoso con John Searle, la némesis analítica de su *maître à penser* Derrida) o en Brassier (quien, a lo largo de todos sus vaivenes intelectuales, ha tenido siempre en cuenta a los filósofos analíticos, desde Paul Churchland a Robert Brandom; pasando, por supuesto, por Sellars). Incluso se aprecia en Meillassoux, quien quizá no menciona nunca a ningún filósofo de la ciencia, ni analítico ni continental ni dialéctico, entre otras cosas porque es muy ávaro con las citas; aunque es evidente que su “argumento del archifósil” concuerda con la posición de los realistas en el debate que tuvo lugar en la filosofía de la ciencia analítica, a finales del siglo pasado, sobre si debemos o no comprometernos ontológicamente con la existencia de las entidades postuladas por nuestras mejores teorías científicas, pese a que en el pasado muchas de esas teorías se hayan demostrado falsas y se haya comprobado que muchas de esas entidades (como el flogisto, el calórico o el éter) en verdad no existen. Para

la filosofía de la facticidad meillassouxiana, al igual que para el realismo científico analítico, el Big Bang no es meramente un “constructo teórico” ni un “esquema simplificador” ni un “modelo útil”; es un hecho bruto, descubierto a través de la radiación de fondo, ante el cual debe rendir cuentas toda filosofía, toda teoría del conocimiento y de la realidad, como hace Meillassoux con su argumento del archifósil.

En conclusión, la unidad y novedad de este giro realista es que trasciende de una vez por todas la división —bien fundada en la *Crítica de la razón pura*, pero infértil para los estudios filosóficos actuales— de los filósofos contemporáneos en analíticos y continentales (y dialécticos también, que no se nos olvide). Si esto es así, se preguntará el lector, ¿por qué utilizar el adjetivo “poscontinental” en vez de “posanalítico” o “posdialéctico”? Por una razón bien sencilla, que voy a expresar con la mayor crudeza: porque esos dos adjetivos ya *están pillados*. Dentro de la gran familia marxista, se puede calificar de “posdialécticos” a aquellos autores que rechazan las leyes de la dialéctica expuestas por Friedrich Engels en el *Anti-Dühring* y convertidas en una cháchara escolástica por el diamat soviético. Este es el caso, por ejemplo, el llamado “Grupo de Septiembre”, compuesto por Gerald Cohen, Jon Elster, John Roemer, Erik Olin Wright *et alii*, quienes abogaron en la década de 1980 por un “marxismo sin pendejadas” (*non-bullshit Marxism*): sin materialismo dialéctico, sin teoría del valor-trabajo, sin teoría de la explotación, sin teoría de la alienación, sin teoría de la revolución... un marxismo sin marxismo, vaya. De ahí que se les pueda calificar de “posdialécticos” o, ¿por qué no?, de “posmarxistas” (Domènech, 2009).

¿Y qué decir de lo posanalítico? Así han sido designados algunos de los discípulos más innovadores de Sellars, quienes se han esforzado en trazar puentes entre la tradición analítica y la continental, adaptando por ejemplo el pensamiento de G. W. F. Hegel a los asuntos epistemológicos que a ellos les interesan. Léase, a este respecto, a los autores más señeros de la Escuela de Pittsburg: Robert Pippin, John McDowell y Robert Brandom. Parece claro y meridiano, por esta somera descripción que acabo de hacer sobre ellos, que Brassier y Gabriel podrían formar parte de su mismo grupo; pero en realidad se diferencian por un rasgo crucial: frente a las cuestiones principalmente epistemológicas, acerca del conocer, que preocupan a los filósofos posanalíticos, estos realistas también tienen inquietudes ontológicas, acerca del ser.

Además, el enemigo intelectual número uno —implícito o explícito, consciente o inconsciente— del grueso de estos realistas es Richard Rorty: el más famoso y controvertido de los seguidores de Sellars, quien, yendo más allá de la rehabilitación posanalítica de ciertos filósofos continentales, ha abogado por una posmodernidad relativista e irónica en la que ambas corrientes puedan desembocar y reconciliarse. Es contra el posmodernismo rortiano, y no contra el posmodernismo derridiano, deleuziano o latouriano, contra el cual estos realistas se levantan y reciben legítimamente el título de “antiposmodernos” o, rizando el rizo, “posposmodernos”. Si en el campo de la literatura de ficción se califica a la nueva sinceridad de David Foster Wallace de “posposmodernismo”, en tanto en cuanto *La broma infinita* aboga por superar la ironía y el fetichismo mediático en favor de las peñas deportivas y los círculos de Alcohólicos Anónimos, donde se cuentan historias con valores y emociones que transforman al oyente o al lector, ¿por qué no usar esa misma palabra para referirnos a aquellos filósofos que desentrecomillaron la “realidad” en ontología y epistemología, que dejaron de hacer doxografía y crítica cultural y empezaron a tratar sobre “las cosas mismas” en vez de sobre lo que escribió Walter Benjamin sobre lo que apostilló Friedrich Nietzsche sobre lo que comentó Michel de Montaigne sobre lo que resumió Isidoro de Sevilla sobre lo que observó Diógenes Laercio sobre lo que...? (Foster Wallace, 2012).

¿Por qué no hablar, en suma, de realismo posposmoderno? Seré nuevamente crudo y al grano: porque no me gusta multiplicar los prefijos sin necesidad; porque con un solo “pos-” tenemos más que suficiente; porque la revuelta poscontinental que han propiciado los realistas del siglo XXI ha estado fuertemente inspirada por ciertos autores posmodernos; porque, en resumidas cuentas, el realismo poscontinental no es tanto la superación del posmodernismo cuanto su clarificación y restricción (véase cómo Ferraris clarifica y restringe el *dictum* de Derrida de que “No hay afuera del texto”, apostillando que ese lema solo es válido para los objetos sociales, los cuales no existen sino gracias a los documentos escritos que versan sobre ellos). Basta con repasar el catálogo de autores tratados en *Filosofía poscontinental*, de John Mullarkey (2006), la primera vez que ese adjetivo aparece en el título de un libro, publicado en la pionera fecha de 2006, para darse cuenta de que allí se juntan autores posmodernos como Gilles Deleuze con antiposmodernos como Alain Badiou; y con otros que ni entran ni salen en ese debate, como el fenomenólogo Michel Henry y el “no filósofo” François Laruelle. Tres de esos cuatro autores, excluyendo a Henry, son referentes inexcusables para Meillassoux, Brassier y Grant. En términos generales y

para terminar, el realismo del siglo XXI no es ni anti- ni proposmoderno; entre otras cosas porque, como procuré demostrar en mi libelo *Contra la postmodernidad*, no existe el posmodernismo en general; cada autor posmoderno se define según el tipo de modernidad que quiera transgredir o sobrepasar, pues no es lo mismo el posmodernismo filosófico que el político que el artístico y, dentro de las artes, no es lo mismo el posmodernismo literario que el arquitectónico que el cinematográfico... (Castro, 2011).

No hace falta insistir en las ventajas del rótulo “realismo poscontinental” sobre sus alternativas; lo que sí quedará en la mente del lector, supongo, son dudas razonables sobre la idea de realismo que estoy manejando y sobre las doctrinas, no meramente los nombres, de los dichosos realistas poscontinentales. De las dos palabras que componen el sintagma “realismo poscontinental”, probablemente sea la segunda la que esté llamada a tener continuidad en un futuro no muy lejano. Y, si no, al tiempo.

Notas

¹ Esto fue lo que escribió Harman sobre el *merchandising* filosófico en la introducción a su antología sobre el “giro especulativo” de 2011:

Una marca no es meramente una práctica degenerada de lavado de cerebro consumista, sino un método universalmente reconocido de transmisión de información que permite abrirse paso entre el ruido informacional. Acuña nombres específicos para posiciones filosóficas ayuda a orientarse al público intelectual acerca de las diversas opciones disponibles al mismo tiempo que anima a realizar permutaciones todavía no probadas. Si la decisión fuese solo mía, no solo se mantendría el nombre “realismo especulativo”, sino que también se diseñaría un logo para proyecciones en PowerPoint, acompañadas de algunos acordes característicos de música *dubstep*. (Harman, p. 21)

² Más claro no puede decirlo Meillassoux: “Por eso, en definitiva, prefiero describir mi filosofía como un materialismo especulativo más que como un realismo: porque recuerdo la frase de Foucault, que dijo una vez: ‘Yo soy un materialista porque no creo en la realidad’” (Meillassoux, 2014, p. 19).

³ Tirria literal:

La elección con la que nos enfrentamos es tan clara como inevitable: o Darwin o Husserl. Seguir persistiendo en el curso iniciado por este último supone lanzarse de cabeza al desastre intelectual y a la ruina de la filosofía como empresa teórica creíble. El futuro que la fenomenología concede a la filosofía es muy tétrico de contemplar: un antropocentrismo patológicamente narcisista y terminalmente infantil. La situación es muy grave y las apuestas

están muy altas como para permitir el equívoco o el compromiso. (Brassier, 2001, p. 28)

Referencias

- Brassier, R. (2001). *Alien Theory: The Decline of Materialism in the Name of Matter* (Tesis doctoral inédita). Universidad de Warwick, Coventry, Reino Unido.
- Castro, E. (2011). *Contra la postmodernidad*. Barcelona: Alpha Decay.
- Domènech, A. (2009). ¿Qué fue del “marxismo analítico”? (En la muerte de Gerald Cohen). *Sin Permiso: República y socialismo también para el siglo XXI*, 6, 33-72.
- Foster Wallace, D. (2012). *E unibus pluram: televisión y narrativa americana, Algo supuestamente divertido que nunca volverá a hacer* (pp. 33-100). Barcelona: Literatura Random House.
- Graham Harman, G. (2011). On the Undermining of Objects: Grant, Bruno, and Radical Philosophy. En L. R. Bryant, N. Srnicek y G. Harman (Eds.), *The Speculative Turn. Continental Materialism and Realism* (pp. 21-40). Melbourne: re.press.
- Hogrebe, W. (1989). *Prädikation und Genesis: Metaphysik als Fundamentalheuristik im Ausgang von Schellings “Die Weltalter”*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
- Holt, E. B., Marvin, W. T., Montague, W. P., Perry, R. B., Pitkin, W. B., & Spaulding, E. G. (1912). *The New Realism: Cooperative Studies in Philosophy*, Nueva York: Macmillan.
- Meillassoux, Q. (2014). *Time without Becoming*. Londres: Mimesis.
- Mullarkey, J. (2006). *Post-Continental Philosophy: An Outline*, Londres y Nueva York: Continuum.
- Sokal, A. y Bricmont, J. (1997). *Impostures intellectuelles*. París: Odile Jacob.

REVISTA STULTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 3, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2020. ISSN 0719-983X

La fuerza que todavía retiene. Notas sobre el *katechón*.

Mauricio Amar Díaz

La distopía como anticipación de la realidad. Análisis de las resonancias de las distopías literarias en la filosofía de Byung-Chul Han.

Carolina Arbeláez Echeverri, Juan Alejandro González Castaño y Carlos Andrés Vélez Peláez

Dos escenas situadas *in articulo mortis*: *Diario de muerte de Enrique Lihn* y *Veneno de veneno de escorpión azul* de Gonzalo Millán.

Pedro Aldunate Flores

Inframundos: lo infrapolítico para tiempos de extinciones.

Sofía San Martín Moreno

Las instancias retóricas del color: hacia una retórica cromática.

Martín Miguel Acebal

La ensoñación poética de Valparaíso desde el estudio de la “oblicuidad semántica” en la lírica de Ximena Rivera.

Alejandro Banda Pérez

La psicología social en la calle: conociendo las prácticas grafiteras en la disputa cotidiana por el espacio público.

José Flores Cárdenas

Cine, resistencia y barrio: Marcelino Aupart en la colonia Aviación civil, testimonio de una localidad.

Obed González Moreno

Sobre el nombre del giro realista de la filosofía en el siglo XXI. (Auto)reseña de Castro, E. (2020). *Realismo poscontinental: Ontología y epistemología para el siglo XXI*. Segovia: Materia Oscura. ISBN: 978-84-949805-3-4

Ernesto Castro Córdoba

Técnica, memoria y miseria. Reseña *in memoriam* de Stiegler, B. (2013). *De la misère symbolique*. Paris: Flammarion. ISBN: 978-2-08-127082-4

Álvaro Cuadra Rojas



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE, SEDE PUERTO MONTT

<http://revistas.uach.cl/index.php/revstul>